

15 de Noviembre de 1906. Año III. N.º 70.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.º Apartado en Correos núm. 336.

¡ABSUELTO!

La amnistía.

Fué preciso en el último número tratar del indulto acabado entonces de conceder y es forzoso ahora comentar la próxima amnistía formalmente anunciada; á este paso, pronto vendrá el resarcimiento, luego la indemnización y después, tal vez, llegaremos hasta el jamón con chorreras.

Amnistiados en breve los que injuriaron al Ejército, ofendieron á la patria y predicaron el separatismo, de nuevo y como si nada hubiera pasado volverán al punto de donde salieron, más crecidos, más fieros y más dispuestos á seguir la misma senda.

Sus representantes en Cortes han dicho cuanto les ha venido en gaoas; á creerlos, los pobrecitos perseguidos, las innumerables víctimas de la ley de las jurisdicciones, padecen toda suerte de rigores rayanos al martirio; de tal modo se abusa y esclaviza, que hasta la defensa se ha negado á alguno... ¡Y que tales cosas se oigan en el Parlamento!

Ello es que con estos procedimientos han logrado su propósito; después de exigir, haciendo de enanos de la venta, han concluído por rogar, aunque asociando cosas que repugnan verse juntas, para dar, con esta unión, apariencias de acto reparador á lo que sólo es habilidosa maniobra pedigüeña.

El olímpico Salmerón no podía por menos que contribuir con su voz tonante á ese resultado, y el Gobierno también había de asentir, mostrándose magnánimo.

«Allá lo veredes»... Con candorosa ingenuidad un periódico, que no peca de ingenuo ni de cándido, pero á quien se le ha montado en la nariz la ley de las jurisdicciones, decía con este motivo hablando de ella: «La amnistía es el primer paso. Después, mientras no venga la derogación, *vendrá el desuso.*»

Dígase si estas palabras no son la crítica más acerba de un país que se rige por leyes.

El atentado de Fieschi

(Conclusión).

Los últimos momentos. Dramáticas vacilaciones.— Fieschi duerme mal. El crimen que iba á cometer le causaba espanto. Si aquella mañana hubiera encontrado una persona que le demostrase confianza y afección y le procurase los 500 francos gastados por Pepin, estaba cierto de que no ejecutaría su proyecto. Pero se creía *deshonrado*. Le habían entregado dinero con ese objeto, había prometido, creía pasar por un cobarde ante sus cómplices faltando á su palabra. ¡Desgraciado!

Sale y llega hasta el canal. Tiene que volver por el mismo camino, por la aglomeración de gente que va á la revista: mujeres con sus niños, obreros...

Los curiosos se colocan detrás de la doble fila de guardias nacionales que con sus armas se exponen bajo el claro sol. Fieschi llega hasta la calle Base du Temple. Morey le aguarda.

—Es preciso que vaya usted á su puesto—dice el viejo.

Fieschi responde sencillamente:

—Hay tiempo.

Y se separan.

A las diez y cuarto Fieschi se dirige á su casa. Entra en su cuarto, cierra la puerta tras sí y se aproxima á la máquina.



Enciende fuego en su chimenea para coger en el momento preciso un tizón bien encendido. Tenía el pensamiento de escaparse por la ventana de la cocina, para lo cual cuelga una cuerda hasta el patio.

Paso del rey. La explosión. Prisión de Fieschi.— Vuelve á su máquina; esta vez la hora estaba próxima. Los guardias nacionales mantenían la alineación; detrás de su línea regular una multitud enorme se apretaba; todas las cabezas se dirigían hacia el Chateau d'Or, donde se sentían batir los tambores. Sobre el centro, enteramente desalojado, los oficiales á caballo, galopaban sable en mano. Fieschi dirige al través de la persiana una mirada ávida; percibe delante de él, bajo el fuego directo de su metralla, la décima legión con su comandante, M. Lavocat, su bienhechor, el único hombre que le había demostrado compasión é indulgencia... ¡Este era el primero que iba á morir! ¡Ah! ¡si le hubiera encontrado una hora antes, cuando erraba por esas calles, buscando un confidente!... ¡Si fuese tiempo todavía!... Pero M. Lavocat se aleja, rectificando la alineación de sus tropas. Fieschi «ve pasar delante de sus ojos las figuras de Pepin y Morey acusándole de cobarde». Los tambores, ya próximos, baten sin cesar, las banderas se inclinan; suenan vivas, los sombreros se agitan y los niños levantados en brazos saludan con sus manecitas.

Pasa una línea de *carabiniers*, después otra, ambas al paso de sus piafantes caballos; un espacio vacío, después el rey, un poco delante de los príncipes, saludando á la multitud. Fieschi saca un tizón de la chimenea y lo aproxima á la mecha...

Nota que la casa tiembla. No cae, sin embargo, pero no ve claro, la sangre le ciega, la piel de su frente cae sobre sus ojos: la explosión de los cañones cargados por Morey le ha herido en la cabeza. Llega hasta la cocina á tientas, rozándose contra la pared, coge la cuerda y bajando por ella, en un instante se encuentra en el patio, sobre las piedras, rodeado de gente que le golpea. Al través de la gente llega un guardia nacional, que le prende. Como en un torbellino se ve instantáneamente trasladado á su habitación, todavía llena de humo. Se encuentra delante de un juez militar, que ordena le lleven á la Conserjería.

Cuando el regicida recobra sus sentidos, está en un coche con las cortinillas bajadas, en compañía de tres desconocidos; concierta las ideas y reconoce que el coche pasa sobre el puente de Notre Dame. Un instante después llega á la Conserjería.

¡Veinticuatro víctimas! —Sobre el boulevard, la detonación, semejante á una descarga, había causado un momento de estupor. Se buscaba, se preguntaba, se miraba, por todas partes se elevaba un clamor de espanto y de horror. El rey, sobre su caballo encabritado, levantaba su sombrero gritando: «¡Vedme aquí!» Pero á sus pies, se agitan los hombres con los cabellos revueltos; en la línea de tropas y en el centro, á un lado y otro, una serie de lamentos y gritos; los unos corren, los otros pasan alocados, llevando en sus brazos niños llorando; los heridos titubean y caen, y todas las miradas, todos los dedos, todas las maldiciones señalan la tercera ventana de la casa maldita, por la que sale un humo blanco.

Los hombres se agolpan en la puerta, en la escalera, en el portal, mientras que el rey, al que abrazan sus hijos, contempla consternado los rostros pálidos de la multitud que le rodea. Su escolta ha sido segada: el mariscal Mortier, gran canciller de la Legión de Honor, está muerto. Muerto M. de Villale, oficial de órdenes del ministro; muerto M. Raffé, coronel de los gendarmes del Sena; muerto M. Rieussec, coronel de la octava legión; muerto M. de Verigny, mariscal de campo, comandante de la Escuela de Estado Mayor, y muchos otros. La acera del boulevard revosaba sangre; cuarenta y dos personas han sido heridas. Se llevan los heridos al café Turco, se los extiende sobre las mesas y se buscan coches y médicos...

El rey dirige un gesto al resto de su Estado Mayor y dice:

—¡Marchemos! ¡Es preciso marchar!

Y la revista prosigue hasta la Bastilla, entre las aclamaciones al rey y los gritos de venganza contra el asesino.

Delante de los jueces.—En la Conserjería, Fieschi se obstinaba en guardar silencio. Por Nina se supo que el falso Gerard se llamaba Fieschi y ella fué la que encaminó á la Policía por la buena pista. Para hacer hablar á Fieschi fué precisa la intervención de M. Lavocat, su bienhechor, que ejercía sobre su alma siniestra una singular influencia. Al contacto del único corazón bondadoso que había encontrado, el del regicida se enternece. Cuenta toda su vida, todas sus miserias y cómo el crimen—germinado en la cabeza de Morey y pagado por Pepin—había sido preparado y ejecutado.

La vista del juicio tenía lugar seis meses después. Los tres fueron condenados á muerte. El rey, á pesar de su deseo, no pudo conceder el indulto y la sentencia fué pronunciada en la noche del 15 de febrero de 1836. Los condenados fueron prevenidos el 18 de que al día siguiente sería su ejecución.

La «toilette» de los condenados.—A las seis de la ma-

ñana del 19, Pepin quiere desayunarse y come con gran apetito un ala de pollo. Fieschi no quiere comer, pero se hace servir un vaso de vino, «una cosa fuerte».

A las siete, el ejecutor y sus ayudantes, en número de nueve, se presentan en la prisión y se les introduce inmediatamente en la sala donde deben hacerse los últimos preparativos.

Fieschi llega el primero, acompañado de sus guardianes. Avanza con paso lento, la cabeza alta, llevando vivamente las miradas á su alrededor. Una vez sentado en su correspondiente banco, tres auxiliares se le aproximan y proceden á atarle las manos.

—Es muy fuerte—repite varias veces.—Quiero tener los movimientos libres... Es demasiado fuerte, me hacen daño.

Aflojan un poco y se ponen á atarle los pies.

—Ahí tienen ustedes—dice Fieschi—, justamente, esta misma noche he soñado que me ataban los pies.

No cesa de hablar con gran volubilidad, no solamente con los ejecutores sino con todos los que ha conocido en la prisión; llama con grandes voces á uno de los empleados de la prisión:

—Señor Bondeau, venga abrazarme, yo se lo ruego. ¿Quiere hacerme ese favor?

Bondeau se aproxima y le abraza:—Gracias—dice Fieschi.

Terminados los preparativos, Fieschi se levanta y pasea sus miradas á su alrededor:

—Señores—dice—, os nombro testigos de que lego mi cabeza á M. Lavocat; lo he dejado dicho por escrito y creo se respetará mi última voluntad. ¿Quién va á cortar mi cabeza?... Ya lo sabe usted: es para M. Lavocat, mi alma para Dios y mi cuerpo para la tierra.

Terminada la preparación, se presenta el abate Grivel, cura de la prisión, y Fieschi al apercibirle indica quiere abrazarle.

El sacerdote, muy emocionado, le aprieta contra su corazón y le abraza muchas veces con efusión que enternece profundamente á todos los asistentes. Fieschi ve dos lágrimas en sus ojos.

—¡Ah! ¿qué es eso? ¡Llora usted! Entonces soy más dichoso... Yo muero con la conciencia tranquila, y moriré sin pesar.

—Ya lo sé, ya lo sé—dice el cura—; pero tenga calma, piense en Dios.—Y le presenta un crucifijo, que Fieschi besa con efusión.

Morey entra á su vez, sostenido por dos guardianes; su actitud es de calma, de resignación, de silencio. Se sienta ó mejor dicho, se deja caer sobre el banco, y sufre todas las preparaciones sin proferir palabra.

Este silencio y esta inmovilidad contrastan notablemente con la petulancia de Fieschi, que no deja de hablar.

Mientras se acaba la *toilette* de Morey, que continúa sufriéndola silenciosamente, se apercibe á un hombre cubierto con un redingote gris, fumando su pipa y que dirige fríamente algunas palabras á sus vecinos sobre los detalles de la lúgubre ceremonia. Este hombre es Pepin.

A una señal del ejecutor, se coloca al lado de Morey, se quita el redingote y la corbata y los entrega á un guardián diciendo:—Dad estos efectos al señor director.

Y mientras se le atan las manos, continúa fumando. Su figura no expresa ninguna emoción; su voz no está alterada, pero habla poco. Sin embargo, en el momento que un auxiliar le corta el cuello de la camisa, se vuelve hacia Morey y le dice:

—¡Mi viejo Morey, parece que nos vamos juntos al otro mundo!

—Un poco antes ó un poco después, ¿qué importa?—responde Morey.

A las siete y media los preparativos han acabado. Se saca á los condenados de la sala y después de haber atravesado largos corredores, llegan al jardín del Luxemburgo, donde se les sube en tres coches destinados á conducirlos al suplicio. Fieschi marcha primero y no cesa de hablar con los que le rodean. Le sigue Pepin, siempre fumando, y por último Morey, que va sostenido por dos ayudantes.

Cada uno se coloca en un coche, con su confesor y dos gendarmes. El cortejo se pone en marcha hasta llegar á la barrera de Saint Jacques, lugar designado para la ejecución. Una multitud inmensa se agita, contenida por una doble fila de tropa y agentes de Policía.

Justicia hecha.—Bien pronto aparecen la escolta y los tres coches, seguidos de aquellos en que vienen el ejecutor y sus auxiliares. Los condenados descienden con calma.

Pepin se coloca detrás de sus acompañantes. En presencia de la muerte, se armaba de un valor estoico.

Fieschi, al apercibir que ha de morir el último dice:

—Volvámonos, no quiero presenciar sus muertes.

Pepin abraza al abate Gallard con efusión; besa el crucifijo, levanta los ojos al cielo y dice con voz fuerte:

—Pido perdón á Dios, mil veces perdón. Recomiendo mi mujer y mis hijos.

Después deja caer sus miradas sobre el público y dice con tono lastimero:

—¡Adiós, señores, muero víctima, soy inocente, adiós!

El ejecutor cumple con su misión. Toca el turno á Morey.

—¡Oh, Dios mío—dice—, ya voy á morir!

Como Pepin, abraza á su confesor, besa el crucifijo y se echa en brazos de los cuatro ayudantes que le conducen á la guillotina. Al quitarle su gorro de seda negra y dejar al descubierto sus blancos cabellos, se produce en la multitud un sordo rumor. Un instante después, Morey había dejado de existir.

En cuanto á Fieschi, continuaba hablando con sus acompañantes, cuando el ejecutor le coloca la mano en la espalda.

—¡Ya me tocó mi vez! Quiero hablar.

Se vuelve hacia el público y grita:

—Voy á aparecer ante Dios. Muero contento. He rendido servicio á mi patria, señalando mis cómplices. He dicho toda la verdad... Pido perdón á Dios y á los hombres, sobre todo á Dios... Lamento las víctimas que he causado, más que mi vida... Abraza por última vez á su confesor y le dice:

—Ruegue á Dios por mí.—Y se abandona al ejecutor.

El suplicio de los tres regicidas duró cinco minutos.

Después del suplicio.—Pepin y Morey fueron objeto, durante mucho tiempo, de la adoración de los fanáticos. El antiguo prefecto de Policía, Gisquet, cuenta en sus memorias que muchos revolucionarios habían colocado coronas y flores sobre sus tumbas. Algunos conservaban como reliquias las cuerdas que ataron sus manos, mechones de pelo y hasta trozos de sus trajes impregnados de su sangre.

En cuanto á Fieschi, era aborrecida de todos su memoria «porque él había obrado sin otra pasión que la del oro, sin otro objeto que adquirir una celebridad egoísta».

El doctor Lélut, hizo el estudio del cráneo de Fieschi: en él halló la forma de los hombres honrados, no se conocía órganos de destrucción, sino de orgullo y vanidad. Este cráneo no presentaba los caracteres del valor y la firmeza.

Aun hay hechiceras... y bobos.

Podremos haber traspasado el *siglo del vapor y del buen tono*, *el venturoso siglo XIX*, en el que pensábamos alcanzar la mayor ilustración y cultura que la humanidad gozara jamás; entraremos ya casi de lleno en la vigésima centuria, la de la electricidad y la democracia, la del superhombre y la suprema ciencia; pero es lo cierto que algunas veces habremos de creer en un franco estacionamiento, y en que, bajo cierto aspecto, el mundo sigue con iguales ó mayores errores que antiguamente.

Si hubiera alguna duda, el siguiente hecho sabrá desvanecerla.

En Chellalá, población argelina, fallecieron en pocos días dos niños de ocho y cinco años, respectivamente; sus cadáveres súpose después habían sido desenterrados, desapareciendo completamente la menor huella.

Creyóse en un principio que esta profanación hubiera sido llevada á cabo por las fieras; pero bien pronto el Juzgado pudo adquirir la convicción de que no éstas, sino otras bípedas más conscientes y perversas, eran las causantes. Súpose que los cadáveres habían sido arrebatados por dos mujeres, una judía y otra árabe, que *ejercen de hechiceras* y que buscan los huesos de los muertos, particularmente los de los niños, para quemarlos, triturarlos y hacerlos entrar en la composición de ciertas drogas destinadas á ser tomadas con avidez por los hombres ó las mujeres que quieren influir ó no ser influídas en cierto modo por otras personas.

El arte se halla muy extendido; los creyentes forman legión y todo hace recordar los siglos medioevales, de los que tan lejanos se juzgan los soñadores.



Pueblo enloquecido.

Bandidos invisibles.—Misterio y terror.

Goza justamente la coquetona Niza fama de hermosa, como la tiene también de culta y placentera. ¡Quién diría que á sus mismas puertas el bandolerismo habría de hacer extraña aparición en términos de desusada gravedad!

Es Pégomas, vecino pueblo encantador, un conjunto de catorce caseríos desparramados en aquel, más que campiña, dilatado jardín; allí la calma y la quietud son eternas compañeras de la vida y de ellas han gozado sus pacíficos habitantes hasta que en poco tiempo la han visto turbada. Desde hace un mes Pégomas está aterrorizado; allí no se habla más que de bandidos y de sus hazañas. Es preciso verlo para creer hasta qué punto domina el pánico: nadie se acuesta sin su fusil ó su revólver á la cabecera; no suena un ruído que no produzca alarma; un grito, un ademán, la más ligera alteración de la normalidad, produce inevitablemente el espanto en los ánimos. Y ¿por qué? Véase y júzguese.

A las once de la noche próximamente, de uno de los últimos días del pasado septiembre, el toque de las campanas anunció un incendio; toda la población se despertó y pudo ver que la casa de un vecino ardía violentamente, siendo inútiles los auxilios, pues toda fué destruída. Diez días después, á la misma hora y en iguales circunstancias, otra casa, del mismo pueblo, pero de distinto caserío, ardió y se destruyó, haciendo ineficaces los trabajos de salvamento. Al día siguiente repitióse idéntica escena, siempre á la misma hora y en análogas circunstancias. Y he aquí que dos ó tres días más tarde, á las once de la noche también, una nueva casa se quemó y á la siguiente otra y después otra y luego más.

Esta repetición llevó la alarma á los vecinos, haciéndoles adoptar todo género de precauciones; pero en vano, porque de nuevo se sucedieron los siniestros.

En vista de ello, deciden organizar patrullas que recorren la población y los alrededores: es inútil también; los bandidos, porque de bandidos se trata, permanecen completamente invisibles.

Pero no terminan aquí sus proezas. Días después, cuando un anciano del lugar, hacia las diez de la noche, ponía el pie en el umbral de su casa para entrar en ella, un disparo de fusil le fué dirigido; trató de penetrar precipitadamente, mas antes de lograrlo, nueva detonación le amenazó, por fortuna sin herirle; dos días más tarde, la suerte se repite á las nueve con otro vecino y al siguiente nueva agresión á un tercero, entonces llamando á su puerta y dando después fuertes golpes de piedra en ella, por no contestar al llamamiento.

La paciencia de los pacíficos moradores rebasó el límite y esta vez organizan patrullas y se adopta nueva táctica optando por el acecho y el aguardo: cada día los voluntarios van de dos en dos ó de tres en tres, ocultándose entre los árboles; buscando los sitios sospechosos, esperando pacientemente en los lugares que más se prestan al paso ó al abrigo de los criminales: todo en vano.

Es preciso oir á estas gentes los incidentes del trabajo que se han impuesto; las emociones relatadas son para todos los gustos. Quién ha visto surgir las sombras, nada más que las sombras de los malhechores no lejos de ellos y desaparecer como por arte de encantamiento, otros los han oído caminar detrás y no han podido verlos. Y en tanto que estas persecuciones se realizan, suenan detonaciones sin cuento y nubes de piedras van á herir puertas y ventanas; á cada atrevimiento persecutorio de los vecinos contestan los bandidos con sus armas todos reunidos; así que las noches en el pueblo están de continuo turbadas por el ruído de las descargas. Y cosa curiosa: los bandidos van provistos de una campanilla cuyo sonido les sirve de señal para reunirse; durante la noche y mientras el servicio de vigilancia está en pie, se oye clara y distintamente la famosa campanilla; al oirla, se les pone la carne de gallina á los atemorizados habitantes; hay ya obsesión por los sonidos metálicos que en cualquiera forma pueden recordar los de las campanillas.

Después de pocos días de calma, han vuelto á reproducirse los fenómenos anteriores, ahora con mayor fuerza y siempre á las once de la noche. Los bandidos fantasmas no parecen ni hay modo de dar con ellos. Ningún signo, ninguna huella, ninguna señal que pueda denunciarlos.

Y lo extraordinario es que cercano á aquella comarca dominó con todos sus horrores, no ha mucho tiempo, un famoso bandido apodado *el Calabrés*, á quien nadie vió y muchos le sufrieron, el cual desapareció inesperadamente, después de tener en jaque á toda la Gendarmería y de organizarse batallones enteros para su captura, la que no pudo jamás llevarse á efecto.

Al lado de esto, lo del *Vivillo* es juego de chiquillos y ello demuestra que en todas partes cuecen habas.

P. de la P. P.

Los muertos firmarán su fallecimiento.

No se trata, como podría creerse por el título, de artes mágicas ni de habilidades de prestidigitación; trátase, por el contrario, de algo grave é importantísimo que hasta ahora no había tenido solución satisfactoria.

Tanto á los hombres de ciencia como á los que seriamente se preocupan de la muerte, ponía verdadero espanto la consideración de que cabe el yerro al apreciar cuándo aquélla es real y cuándo aparente, pues la medicina no posee medios concluyentes para distinguir, en ciertos casos, entre una y otra. Cuentan que si se hiciera una estadística de los que han sido enterrados viviendo todavía, la humanidad se desahogaría en gritos de horror.

Felizmente, este peligro ha desaparecido. Partiendo el Doctor francés Icard del hecho, absolutamente cierto, de que la putrefacción cadavérica comienza en seguida de la muerte, ha llegado á una solución tan sencilla como ingeniosa. Cuando aquélla principia, el intestino, el estómago y sobre todo el interior de los pulmones desprenden ciertos gases, especialmente el hidrógeno sulfurado y el sulfhidrato de amoniaco, que buscan, como es natural, una salida.

Si al día siguiente del fallecimiento se presenta en el orificio de las fosas nasales un pedazo de papel impregnado de una solución neutra de acetato de plomo, se formará, por la acción de los gases antes referidos, sobre el sulfuro de plomo bajo la apariencia de una coloración característica, que varía desde la del café con leche al negro intenso con reflejos metálicos.

Pero si en vez de impregnar todo el papel de acetato de plomo, nos limitamos á trazar con un pincel ó una pluma una expresión como ésta: *Confieso que he muerto*, se verá inmediatamente aparecer en negro el letrero revelador. El difunto, por sus mismos gases habrá certificado su propia muerte.

No hay error posible: el acetato de plomo sólo ennegrece al contacto de los gases sulfurosos y con esta seguridad ahora lo que procede es hacer obligatoria la comprobación antes de inhumar los cadáveres.

Los hospitales, ayuntamientos y hasta las casas particulares deben proveerse de tales papeles reactivos, preparados con antelación, y á todo certificado médico de fallecimiento habrá de acompañarse la hoja utilizada. Generalizado el descubrimiento, llegaremos á ver realizada esta idea, para tranquilidad de los supervivientes.

Cabeza á la oriental

Mucho se ha fantaseado y mucho se ha dicho sobre las costumbres, civilización y manera de ser de los pueblos orientales; proceden de allí historias con apariencias de cuentos y engendros novelescos con toda la prosapia de acontecimientos históricos; entre la verdad y la mentira, entre lo sublime y lo monstruoso, queda el ánimo suspenso, sin poder discernir con claridad de juicio cuál es lo real y cuál es lo inventado, hasta dónde llega la perversión ó hasta qué punto es sólo responsable la ignorancia.

Como no hemos podido todavía penetrar en el fondo de esos primitivos imperios, no hemos penetrado tampoco en el interior del carácter de sus habitantes; todo lo de ellos nos es conjetural, todo extraño é incomprensible.

¿Queréis un ejemplo? Los celos, pasión común á todos los humanos, ¿los sienten las mujeres orientales como las de occidente?

Un hecho rigurosamente histórico dará la respuesta.

Casada Narli-Hanun, hija de Mehemet Alí, virrey de Egipto, con un príncipe, como correspondía á su elevada alcurnia, no merecía de él más respetos y consideraciones, ni menos tampoco, que los usuales en aquella civilización.



Usó y abusó la esposa de una costumbre turca bastante extendida en el harén imperial: la de llamar á los transeuntes desde las ventanas, facilitarles el paso por medio de los eunucos y estrangular al día siguiente al invitado de la víspera, sin que estas infamias, por el silencio con que se realizaban y por el interés que todos tenían en ocultarlas, pasaran al dominio público.

Parecía natural que quien de tal modo distribuía sus favores y tan escaso aprecio hacía de ellos, no mostrara gran aflicción por el mayor ó menor cariño de su marido; pero las fieras no pueden dejar de serlo y han de conducirse siempre como tales.

Era el esposo de blanda condición y afable trato: gustaba del lenguaje hiperbólico y figurado que tan bien sienta en las lenguas orientales, y distinguía con afecto puro y sincero á una joven esclava recién puesta á su servicio, la cual, por la dulzura de su mirada y por la buena voluntad que ponía en el aprendizaje de sus oficios, habíase captado, no sólo el aprecio del señor, sino el de sus compañeras.

Niña aún, no podía cautivar por sus femeninas gracias; su aire distinguido y simpático eran presagios tan sólo de futuras bellezas, pero no realidades todavía.

En aciago día para ella, pidióla su amo un vaso de agua y al devolvérselo, luego de bebida, le dijo con su florido lenguaje:

—Basta, cordero mío.

Y no hubo más; pero nunca lo hubiera dicho. Supo esta sola frase la princesa, porque alguien se lo contó, y no precisó otro aliciente para concertar su plan.

Se apodera de la esclava en ocasión propicia, la hace degollar á su presencia y cogiendo la cabeza, ya desprendida del tronco, la prepara convenientemente, la rellena de arroz, plato favorito de su marido, y la hace cocer al horno, procurando que no pierda ninguno de los rasgos fisonómicos.

Así dispuesta, espera el momento de la comida; prodiga las invitaciones, vístese con las mejores galas, extrema su afectuosidad y atenciones, hace alarde de una jovialidad extraordinaria y de un donaire exquisito, y cuando toca el turno al plato por ella preparado, lo recibe de manos del sirviente y lo presenta á su marido diciéndole:

— Toma un pedazo de tu cordero, toma.

No hay para qué pintar la sorpresa, el horror y el asco que aquella escena inspiró á los invitados. Todos se alejan estupefactos y el pobre marido huyó de aquel chacal, sin volver á poner los pies en palacio sino después de largos años y á ruegos reiterados de todos sus amigos, sin poder ya estimar á su mujer, si tal víbora merece ese nombre.

¿Son así las celosas europeas?

G. G. de la G.

Hoy las ciencias adelantan...

Una nueva aplicación de la telefonía acaba de proporcionarnos el amor contrariado de una cantante berlinesa de café-concierto: mantenía relaciones íntimas con gallardísimo estudiante de Derecho, quien cansado de ella la anunció su propósito de romperlas.

A las tres de la madrugada de uno de los pasados días, hallábase el estudiante en el café con otros amigos cuando fué llamado al teléfono; en él, pronto conoció la voz de su amante que le decía:

—Voy á matarme y quiero darte mi último adiós.

Sobrevino el consiguiente trágico diálogo: suplicó el estudiante, prometió la vuelta al redil, juró, rogó; todo en vano; ella replicó solamente:

—Adiós, no me verás más.

Precipitóse el galán en el puesto de Policía más próximo y con un agente acudió á toda carrera al domicilio de la joven. Era tarde: gemía, ya inanimada, en el suelo, atravesada por una bala.

Advertencia.

Para dar mayor amenidad á nuestra Revista, correspondiendo así al favor, cada día más creciente, que el público nos dispensa, á partir de los próximos números, dedicaremos un pequeño espacio á estudio tan entretenido como es el de las «Artes mágicas», seguros de que esta novedad, verdaderamente original en publicaciones periódicas, será del agrado de nuestros lectores.



Los criados se llevaron en brazos á la hija del gobernador, que continuaba desmayada.

Mondéjar fuése por otra puerta y al cabo de algunos minutos volvió á entrar con rostro alegre.

—Señor duque—le dijo el inquisidor á media voz—, cuando Dios se lleve al duque de Medinaceli, vos le sucederéis en su cargo de porta-estandarte.

—Monseñor—dijo Valero, que se había acercado—, Dios me libre de ir al paraíso, si vuestra eminencia conserva allí su dignidad de inquisidor general.

XIX

La sala de misericordia.

La cárcel del Santo Oficio de Sevilla estaba situada en la calle llamada hoy día de la Constitución, y de la Inquisición entonces.

En todas las ciudades de España había una calle que llevaba este nombre, y un edificio llamado palacio de la Inquisición. Era en Sevilla este palacio un gran monumento cuadrado con sus torrecillas en los ángulos, hecho de ladrillos rojos y cubierto de pizarra. Sobre la fachada exterior veíase una multitud de ventanas de forma regular, las que no volaban por la parte exterior, sino que estaban cubiertas por una pared de ángulo recto, así por el mismo estilo que las rejas de hierro que se ponen en las ventanas de las casas de locos; de suerte que desde las habitaciones vecinas, el ojo no podía penetrar en el interior del palacio, y los que lo habitaban no podían tampoco ver hacia fuera más que un trozo de cielo igual á la angosta abertura por donde penetraba una luz escasa y mortecina.

En el palacio de la Inquisición estaban á la vez la sala del tribunal, la escribanía, los cuartos del tormento, los de misericordia, los de penitencia y los calabozos: cárceles distintas en las que se recluía á los acusados, según lo que de ellos se esperaba ó la suerte que les tenían reservada.

Un acusado muy rico iba primero á habitar la sala de misericordia. La Inquisición, amable víbora, le convertía hasta el punto en que, desprendiéndose de los bienes de este mundo, hacía al Santo Oficio un don voluntario de su fortuna, y salía, después de algunos meses de encierro, pobre como Job, pero *rico* de los dones de gracia, y caminaba derecho y sin vacilar por la senda del cielo.

Otras veces se confiaba al cuarto de penitencia, que describiremos más adelante, el cuidado de convertir á un rebelde, y cuando finalmente la causa estaba desesperada, se recurría á los calabozos, al tormento y á la muerte...

Las salas de penitencia estaban construídas bajo los techos de las torrecillas; las dichas de misericordia ocupaban, con la sala del tribunal, todo el primer piso; en el cuarto bajo estaban la escribanía y las habitaciones de los empleados subalternos del tribunal.

Los calabozos y las salas del tormento estaban bajo tierra, según antes hemos dicho.

Eran las dos de la madrugada, y se habían ido apagando las iluminaciones de la fiesta que se celebró durante el día; á los bailes y á los cantos de alegría sucedió un profundo silencio; las calles estaban enteramente desiertas, y las pocas luces que ardían aún de trecho en trecho en el interior de las casas, atestiguaban sólo que la ciudad, despierta más largo tiempo que de costumbre, no estaba enteramente dormida.

Una litera cerrada salió del palacio del duque de Mondéjar, anduvo toda la calle de la Inquisición, que estaba algo lejana, y no se detuvo hasta el palacio del mismo nombre.

Uno de los lacayos que acompañaban la litera levantó la pesada aldaba de la puerta, á cuyo golpe abrió el conserje, y el lacayo le dijo algunas palabras en voz baja; aproximáronse juntos á la litera, y levantanto en brazos á la joven desmayada, la transportaron á una de las salas de misericordia; tendiéronla en una cama y el lacayo se retiró.

Entonces el conserje cerró cuidadosamente la puerta de la sala, y bajando á su cuarto dijo á su mujer:

—Teresa, sube á ver lo que tiene esa señora, que parece más muerta que viva.

Teresa obedeció; subió á la sala en que habían dejado á la joven, la cual no daba ninguna señal de vida.

La esposa del conserje, mujer de pocos alcances y casi idiota, se sentó cerca de ella en silencio, aguardando que Dios quisiera volverla á la vida.

Después de tres horas de desmayo, la presa hizo un movimiento, tendió los brazos como el que se despierta de un profundo sueño, abrió lentamente los ojos, y apoyándose en un codo, recorrió la sala con hoscas miradas; pero sin reconocer los muebles ni la distribución.

La cama en forma de cuna en la que estaba acostada tenía un pabellón de cortinas de cotonina blanca. Un crucifijo de marfil colgaba de la pared en una cruz de ébano; y el mueblaje consistía en algunas sillas cómodas pero sencillas una arquilla, una mesa de pies retorcidos y una estera común. Algunos libros estaban colocados en unos estantes de ébano sobre un reclinatorio de la misma madera, y flores cogidas en la víspera llenaban una gran jarra de barro poroso y rojizo, llamada «alcarraza de Valencia», colocada en medio de la mesa. Además notábase algunos mueblecitos que usaban las mujeres de aquel tiempo: friolerillas hechiceras y cómodas, que en todas épocas son como los juguetes de esos muchachos grandes, y que con frecuencia prefieren á las cosas más útiles.

No hizo alto en estos pormenores la joven que medio desvanecida todavía sólo reparó en el conjunto y en el aspecto de aquel cuarto, extraño para ella.

—¿Juana?—dijo con voz triste y dulce.

—No me llamo Juana—respondió la especie de idiota que estaba sentada á su cabecera—; me llamo Teresa.

La joven miró entonces á esa mujer, y no conociendo su rostro, lanzó un grito de terror.

—¿Dónde estoy?—exclamó repentinamente con voz llena de angustia.

—En la cárcel—respondió aquella estúpida criatura.

—¡En la cárcel! ¡en la cárcel, decís! ¿qué he hecho yo para hallarme en la cárcel?

—Lo ignoro, pues no es cuenta mía.

—¡Oh! ¡oh! ¡Dios mío!—dijo la joven pasándose las manos por la frente, cual si quisiera recordar alguna cosa—; ¿qué ha acontecido, y por qué estoy aquí ahora? ¡Ah! sí, sí, ya me acuerdo; esta noche he salido de la casa de Juana: bailaban por las calles... ¡todo el mundo estaba alegre!... ¡Yo estaba colmada de desesperación!... Había visto á mi padre moribundo, y no podía hacer nada por él; ¡nada! ¡nada!—repitió con desesperada amargura—; sin embargo, he querido probar, me he presentado á sus amigos.. ¡á los que él llamaba sus amigos! Los he sorpendido en medio del alborozo de una fiesta... He rogado y llorado, pidiendo á gritos que me volvieran mi padre, y no me han escuchado. ¡Y allí, oculto como un traidor, el inquisidor general escuchaba mis palabras!

(Continuará.)

Servicio importante.

Hará próximamente dos meses fué encontrada muerta en su cama, en el pueblo de Moratalla (Murcia), doña Salvadora Botia Velasco, señora anciana que vivía sola y disfrutaba de envidiable posición. La circunstancia de hallar la casa cerrada y no aparecer huellas ni signos de violencia, hicieron creer á las autoridades y vecindario que se trataba de una muerte natural, como certificaron los médicos, afirmando que murió por asfixia.

Sin embargo, el celoso cabo comandante del puesto de la Guardia civil, D. Manuel Carreras Madaleno, sospechando que acaso la muerte de dicha señora pudiera haber sido provocada por mano criminal, comenzó desde aquella fecha á hacer una larga y penosa serie de reservadas pesquisas, para desentrañar este suceso. Fijó desde luego su atención en los vecinos de aquella villa Pedro Martínez (a) *Boca de infierno*, carpintero, y Francisco Gómez (a) *Tripas*, barbero y practicante; pues estos sujetos hicieron compras y gastos superiores á los que les permitía su posición social.

El 2 del actual, y auxiliado por los guardias Juan Morenilla y Juan Molina, procedió el cabo Carreras á la detención de los dos sospechosos, y un hábil interrogatorio dió por resultado la confesión de ser ellos los autores del crimen.

Con el oportuno atestado y convictos y confesos, fueron puestos á disposición del Juzgado de instrucción, declarando nuevamente haber asesinado, por estrangulación, á doña Salvadora, desnudándola después y colocándola en la cama al lado de un brasero encendido, para simular que la víctima había muerto asfixiada por el ácido carbónico desprendido.

Hecho esto, robaron de un baul unas 7.000 pesetas próximamente, que el referido cabo ha logrado recuperar en dinero, granos, aceite y otros efectos, que han sido entregados al juez de instrucción.



Ambos criminales, que permanecieron en la casa del crimen desde las siete hasta las once de la noche, disfrutaban buen concepto del vecindario é iban á casarse en breve con jóvenes de honradas familias.

Con gusto nos han informado de que el cabo Carreras tiene una hoja de servicios brillantísima por todos conceptos, pues está llena de laudatorias notas por servicios análogos al presente, y es, por consiguiente, digno y merecedor de grandes recompensas.

A las sinceras y unánimes felicitaciones de las autoridades y vecindario unimos de todo corazón la nuestra.

Procedimiento nuevo de los «apaches».

Esa maldita, repugnante y criminal asociación va extendiéndose de una manera alarmante, á pesar de la vigilancia de todas las Policías. En los grandes centros de población cometen á diario los más horrendos crímenes, con el descaro y sangre fría más completa, llevándolos á cabo en bandadas ó en cuadrilla.

Hace poco tiempo, el jefe de una de esas bandas, Gastón Adamet, pretendió los favores de una linda muchacha, la que defendió bravamente su honra, resistiéndose. Gastón juró vengarse, y, efectivamente, reunió su banda, y apostados en sitio conveniente por donde la infeliz tenía necesariamente que pasar, se arrojó sobre ella, disparándola un tiro de revólver en el costado, mientras los demás se cebaban en darla puñaladas, dejándola exánime en tierra.

Otro procedimiento emplean los de esta asociación en los boulevares de París, y no parece sino que desean dar gran celebridad á sus crímenes. Están ensayando el lazo inventado en América para coger en la selva los caballos salvajes; tienen su escuela y arrojan el lazo con tanta maestría como el mejicano más diestro. Hace unos días, leemos que en el boulevard Ney fué capturado por este procedimiento M. Fredine Bourgauldt, como un potro salvaje. Después de haber sido casi estrangulado por la presión del nudo corredizo del lazo, le asestaron una puñalada en el pecho, y acto continuo le robaron cuanto llevaba.



Todos ó casi todos estos crímenes de «apaches» quedan impunes; ¿en qué consiste esto?, ¿qué fuerzas tienen esas sociedades?

También la más célebre asociación de «La Mano Negra» da de vez en cuando señales de su fatal existencia; un día llenó de verdadero terror á toda España, y particularmente á Andalucía, y hoy asoma la fatídica cabeza en los Estados Unidos, volando el palacio en donde habitaba el rico banquero D. Ignacio Diguivanni, cuyo edificio se derrumbó casi todo, salvándose milagrosamente noventa y seis personas que lo habitaban.

La Policía averiguó que el banquero había sido amenazado por «La Mano Negra»; pero al interrogarle, negó rotundamente, y tan atemorizado estaba, que juró no haber recibido carta alguna de los «terroristas».

En todas las ciudades árabes el movimiento de la calle cesa por completo al ponerse el sol; las tiendas se cierran y cada cual se mete en casa. El alumbrado, de que ellos carecen, da á su juicio un aspecto extraordinario á las poblaciones europeas, pasmándoles el bullicio nocturno; por lo cual deducen que los hombres de occidente han de aburrirse mucho en sus casas, cuando tanta necesidad tienen de estar fuera de ellas, en horas tan deliciosas para todo buen musulmán. Eso es, dicen, resultado de la monogamia.

Obra nueva.

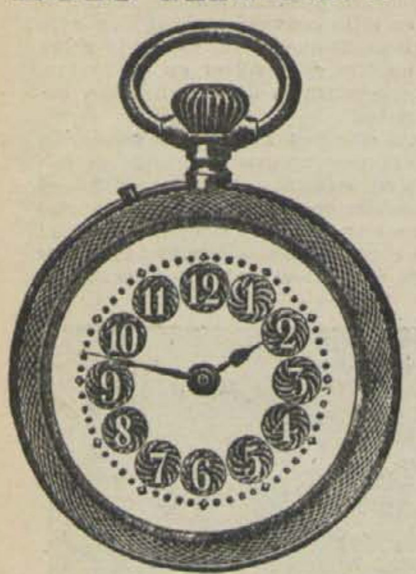
El Anarquismo y sus hombres, por el cabo de la Guardia civil *Manuel Carreras Madaleno.*

Esta obra, de la que tenemos las mejores noticias, constará de un tomo en 4.° mayor, que se venderá al precio de 3 pesetas ejemplar, más 25 céntimos para certificado. Los individuos del Cuerpo que la deseen, pueden dirigir los pedidos á su autor, Don Manuel Carreras Madaleno, comandante del puesto de Moratalla (Murcia), indicando al hacerlo, si la desean pagar en uno, dos ó tres plazos. Los que no pertenezcan á la Guardia civil, deberán enviar anticipado el importe en sellos de franqueo ó letra de fácil cobro.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior. . . . . **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante) .. **18.50** —
Idem de níquel puro (Idem) **18.50** —

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

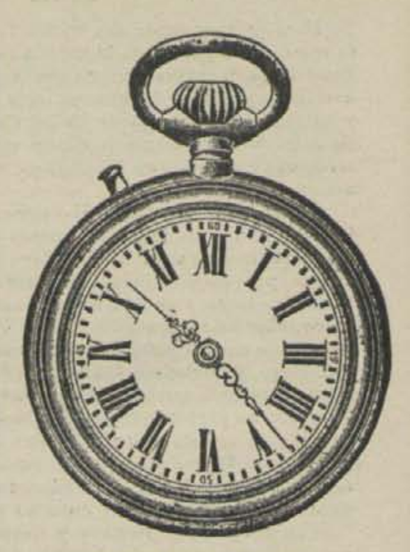


Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA. Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior*.

Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Regulador Patent.

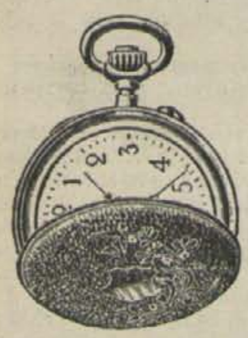
De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.
En acero azulado. . . . . **28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) . **27** —
Idem grabado no extraplano). . . **25** —
Idem en plata. . . . . **39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata, rica ornamentación.... **45 ptas.**

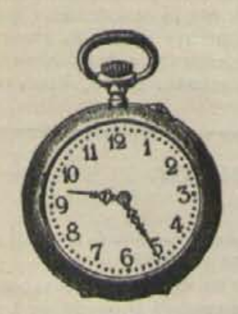
En 5 plazos



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas.**

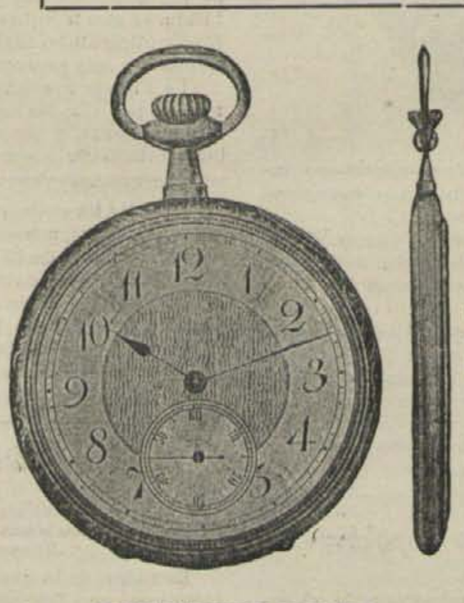
Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas.** Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas.**

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas.** Idem extraplano, **25 pesetas.** 1.ª clase extra, **30 pts.**

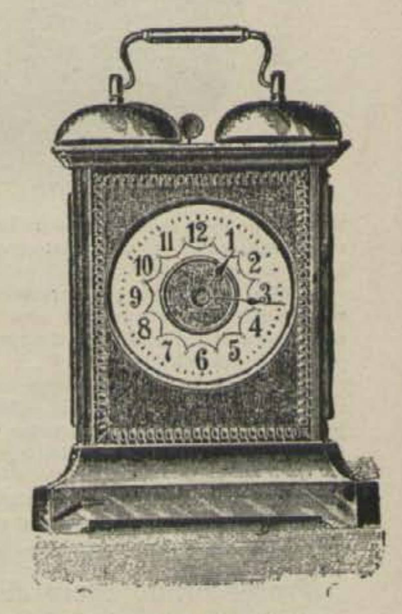
En 4 plazos mensuales.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata. De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación, **45 pesetas.** Idem doble tapa, **62 ptas.**

En 5 plazos mensuales.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.